

Bluets (fragmentos)

1. Supongamos que empiezo diciendo que me he enamorado de un color. Supongamos que digo esto como si se tratara de una confesión; supongamos que rasgo mi servilleta mientras hablamos. *Empezó lentamente. Una apreciación, una afinidad. Un día se volvió más seria. Luego (miro la taza vacía, al fondo una mancha café enroscada en forma de caballito de mar) se volvió, de algún modo, personal.*

6. El semicírculo de océano turquesa que ciega es el escenario primordial de este amor. Que ese azul exista, el simple hecho de haberlo visto, hace a mi vida extraordinaria. Haber visto cosas tan hermosas. Encontrarse en esa niebla. Sin elección. Ayer regresé y me paré otra vez frente a la montaña.

7. ¿Pero qué tipo de amor es realmente? No te engañes llamándolo sublime. Admite que te has detenido frente a una pequeña pila de pigmento ultramarino en polvo dentro de un vaso de vidrio en un museo y has sentido un deseo punzante. ¿Pero un deseo de hacer qué? ¿De liberarlo? ¿De comprarlo? ¿De ingerirlo? Hay tan poca comida azul en la naturaleza –de hecho el azul tiende a marcar la comida que debe evitarse (moho, bayas venenosas)– que los asesores culinarios recomiendan no usar luz azul, pintura azul o platos azules al servir comida. Pero mientras el color puede, en el sentido más literal, minar el apetito, en otro sentido lo alimenta. Querrías alcanzar el pigmento para desordenarlo, por ejemplo, manchando primero tus dedos y luego al mundo. Querrías diluirlo y luego nadar en él, tallarte con él los pezones, querrías usarlo para pintar el manto de una virgen. Pero ni así accederías al azul del pigmento. No *realmente*.

36. Goethe describe al azul como un color vivo, pero desprovisto de alegría. “Diría que trastorna más de lo que alegra.” ¿Estar enamorada del azul es entonces estar enamorada de un trastorno? ¿O es el amor mismo un trastorno? Y de cualquier modo, ¿qué clase de locura es esa de enamorarse de algo constitucionalmente incapaz de amarte de vuelta?

98. Vincent van Gogh, cuya depresión, dicen algunos, se relacionaba con un padecimiento de epilepsia, vio y pintó célebramente al mundo en colores insoportables de tan vívidos. Tras su intento casi exitoso de quitarse la vida disparándose los intestinos, ante la pregunta de por qué no debía salvarse, respondió: “porque la tristeza no terminará nunca”. Yo creo que tenía razón.

134. Me tranquiliza pensar en el azul como el color de la muerte. Llevo mucho tiempo imaginando que la muerte se aproxima como la cresta de una ola: una pared altísima de azul. *Te vas a abogar*, me dice el mundo, siempre me lo ha dicho. *Vas a descender hacia un inframundo azul, azul de fantasmas hambrientos, azul Krishna, los rostros azules de quienes amaste. Todos ellos se abogaron también.* Respirar una bocanada de agua: ¿la idea te da pánico o te emociona? Si estás enamorada del rojo cortas o disparas, si estás enamorada del azul llenas tus bolsillos de piedritas que sean buenas para chupar y luego te diriges al río. A cualquier río.

136. “Tomar cuando estás deprimido es como rociar queroseno en un incendio”, leo en otro libro de autoayuda en la librería. *¿Qué depresión se ha sentido como un incendio?*, pienso, y regreso el libro al estante.

152. Santidad o maldad a un lado, nadie puede decir que el azul sea un color festivo. Uno no va por ahí buscando una fiesta en un color que los hospitales han usado para calmar a los bebés que lloran o sedar a los enfermos mentales. Los antiguos egipcios envolvían a sus momias en tela azul; los guerreros celtas se pintaban el cuerpo con añil al preparar la batalla; los aztecas frotaban los pechos de las víctimas de sus sacrificios con pintura azul antes de sacarles el corazón en el altar; la historia del índigo es, al menos en parte, la historia de la esclavitud, los motines y la miseria. Sin embargo, el azul siempre tiene espacio en el *carnaval*.

198. En una entrevista de 1994, treinta años después de haber escrito “Famous Blue Raincoat”, Cohen admitió que no recordaba los detalles del triángulo amoroso que la canción describe. “Siempre sentía que había un hombre invisible seduciendo a la mujer con la que estaba, pero no recuerdo si era un hombre encarnado o uno imaginario.” Es un olvido bastante alentador y bastante trágico.

204. Últimamente intento aprender algo sobre “la evanescencia fundamental de las cosas” a través de la colección de amuletos azules que tengo en una repisa de mi casa que está inundada de sol al menos la mitad del día. Esta colocación es intencional: me gusta ver el sol pasar por el vidrio azul, la botella de tinta azul, las piedras azules translúcidas. Pero claramente la luz está destruyendo algunos objetos, o al menos deslavando su color azul. A diario pienso en mover las piezas más delicadas a un lugar fresco y seco, pero la verdad es que tengo poco o ningún sentido de protección. Por pereza, curiosidad o crueldad —si es que se puede ser cruel con los objetos— he entregado las piezas a su destrucción.

229. Escribo esto en tinta azul para recordar que todas las palabras, no solamente algunas, se escriben en agua.

239. Pero ahora hablas como si el amor fuera una consolación. Simone Weil nos advirtió lo contrario: “el amor no es consuelo”, escribió. “Es luz.”

240. Entonces bien, permíteme tratar de reformularlo. Mientras estuve viva, aspiré a ser estudiante no de la nostalgia, sino de la luz. —